

Si es que no se le conoce
Y de familia carece.

El Portero. ¡Ay señor! un noble tío
Tiene no más.

El Juez. ¡Dios clemente,
Qué horrible luz en mi alma
Habeis hecho que penetre!
Ese muerto...

El Portero. Es Don German.

El Juez. ¡Mi sobrino!

El Portero. ¡Contenedle,
Dios santo!

El Juez. ¿Dónde está? ¿dónde?
¡Dios piadoso, sostenedme

Y así Don Miguel de Osorio
Salió descompuestamente
Por sus cámaras gritando
Y sin poder contenerse.
Ya estaba todo el zaguan
Y la escalera de gente
Llenos, en torno del muerto
Que en hombros varios sostienen.
Llegaron al mismo tiempo
Los doctores: é impaciente
El triste juez por saber
Pormenores que apetece,
Entre ira y duelo á pedirles
Empezó públicamente.
Testificó el escribano;
Declararon los corchetes;
Reconocieron los sabios
El cuerpo pausadamente:
Llamóse un maestro de armas
A que declare si puede
Con cuál fué hecha la herida,
Y todos atentamente
Cumpliendo con su conciencia
Testigos é inteligentes
Después de bien meditado
Caso tal están contestes
En que el mozo ha sido muerto
Con espada alevemente.
En el izquierdo costado
Una sola herida tiene
Que no pudo recibir
En aquel sitio batiéndose,
Pues que tenía su espada
Empuñada fuertemente.
Luego á traición le mataron
Por la izquierda acometiéndole,
Mientras con otro reñía
Que le atacaba de frente.
Quién le mató y por qué causa
Es un misterio que envuelven
Las sombras de aquella noche,
Y que descubrir no pueden
Suposiciones ni indicios,

Sin que la opinión se arriesgue
De quien suponga ó indique
Lo que en las tinieblas duerme.
Pero Don Miguel de Osorio,
Cuyo pesar no entorpece
Su perspicacia de juez,
Ni su experiencia le tuerce
Jamás el juicio, en su alma
Una sospecha hervir siente,
Que mas incremento toma
Cuanto mas él la revuelve.
Al fin enjugó las lágrimas
De sus ojos, convenientes
Ordenes dió á sus criados
Para que el cuerpo se entierre
De Don German, y suntuosos
Funerales se celebren;
Y encerrándose en su cuarto
De sus rondas con el jefe,
Hombre de mucha destreza
En rastrear los delincuentes,
Misteriosas instrucciones
Le dió, y pronto despidiéndole,
Sus cotidianas tareas
Emprendió tranquilamente.
Bien revelaba el semblante
Lo que el corazón padece,
Mas él ahogó sus pesares
Al cumplir con sus deberes.

A las nueve de la noche
De esta jornada fatal,
De Aurora en el aposento,
Con ella estaba Don Juan.
Ella en un sillón de brazos,
El á su pié en un sitial,
Ella como nunca hermosa
Y él como nunca galán,
Trabada amorosa tienen
Conversación, de la cual
Conviene oír lo que resta
Desde el punto en donde están.

Aurora. Mas, Don Juan, de esa manera
Mis asuntos irán mal.

D. Juan. Ya dejaremos aquí
Quien de ellos pueda cuidar.
Yo soy rico, y yo te adoro:
Ahijado del rey, me da
Honras que yo no ambiciono,
Pues que puedo conservar
Con mis rentas y mi brazo
Mi honor y mi libertad.
Un hombre, pues, como yo
Bien en la corte no está:
Si su favor aprovecha
Porque se le han de envidiar,
Y á quien algo le codician

Siempre vive con afán.
Si desperdicia el favor
Que puede fácil lograr,
Porque con quien se le ofrece
Por fin le malquistarán.
Por todas estas razones,
Y otras muchas además
Que yo me sé, determino,
Querida Aurora, viajar.
Soy de mi familia el único,
Gracias á Dios; un leal
Y viejo criado hace
Mis haciendas prosperar,
Y quiero que alguien me ayude
A gastar su renta anual.
Ni tengo amigos, ni quiero
A vagos alimentares:
Mas no me siento hácia el oro
Aún con desprecio tal
Que le renuncie y sea monge,
O que se lo quiera dar
A los pobres, que son gente
Que no lo agradecerá,
Pues pienso ejercer primero
Sobre mí mi caridad.
Ahora, bajo este supuesto
Te digo que abandonar
Quiero unos años la corte
Y aun nuestra España quizá.
Viajar solo es diversion
Que poquísimo solaz
Proporciona, y es muy duro
No tener con quien hablar.
Tú eres sola en este mundo.

Aurora. Mi tía.

D. Juan. Es un carcamal

Que necesita reposo,
Y á Ronda se volverá
Con renta que yo la dé
Para ir al sepulcro en paz.
Con que he pensado llevarte
Conmigo, Aurora, en lo cual,
Según lo que se me alcanza,
Nada al cabo perderás.
Irás hasta donde quieras,
Y dó te canses quedar
Te puedes, y desde allí
A España te tornarás;
Puesto que es justo que pague
Ida y vuelta mi caudal.

Aurora. Mas ¿porqué con tanta prisa
El partir determinais?
¿Qué mal estamos aquí?

D. Juan. Ello ha de ser: tú verás,
Pues, lo que mas te conviene,
Porque yo no puedo ya
El fastidio de la corte
Por mas tiempo soportar.

Si yo no vivo á mi antojo
Sin que rey ni autoridad
A darme venga consejos
Que yo al fin no he de tomar;
Si no dejo este prestado
Carácter de gravedad,
Si no riño, y ronde, y juego
Cual fuere mi voluntad,
Con las rentas que me sobran
Y todo el favor real,
De fastidio y de inacción
Creo que me he de secar.
Y he aquí que te he hablado
Con franqueza y con verdad
Mi intención, y en ella estoy
Tan resuelto, y tan tenaz
Voy á mantenerme en ella,
Que de tu amor á pesar
Si seguirme no te place
Por despedido me da.

Aurora. Pero, Don Juan...

D. Juan. Con el alba
Parto.

Aurora. Tal tenacidad
Da á entender que para ello
Razones grandes habrá.

D. Juan. ¡Sí por Dios! la alegre vida
Que llevo, mi mocedad
Aprovechando, los lances
A que mil veces lugar
Di con juveniles impetus
Que no modero jamás,
Sé que han sido consultados
Con el santo Tribunal,
Que un día ú otro es preciso
Que me venga á amonestar,
Lo cual por mas que sea en balde
Sé que me molestará.

Y aquí iba ya de su plática
El libertino Don Juan,
Cuando dos albadonadas
La vinieron á turbar
Que asentaron en la puerta
De la casa en donde están.
Abrió el mozo la ventana
Diciendo airado: « ¿Quién va?
— La justicia, respondieron.
— Venga la justicia en paz,
Repuso Don Juan: mas ahora
¿Qué negocio aquí la trae?
— Una prision que esta noche
Tiene en vos que ejecutar.
— ¿En mí?

— En vos, y las personas
En cuya compañía estais.
Abrid, pues, á la justicia
O á las resultas mirad. *

Quitóse de la ventana
 Don Juan, y vuelta la faz
 A Aurora que sin aliento
 Yacía sobre el sofá
 Dijo : « En vano es resistir :
 Si os teneis de qué acusar
 Mirad si hay parte que paso
 Franquee á la vecindad,
 Mientras que yo los detengo
 Mal que pese á Satanás. »
 Mas viendo que en vez las dos
 De asir con celeridad
 De uno ú de otro partido
 Se soltaron á llorar,
 Dijo : « A mí no me conviene
 Contra el santo Tribunal
 Hacer armas, porque nada
 Pueden contra mí probar. »
 Y en la escalera llamando
 Al page que con él va,
 Mandóle á los que venían
 Francas las puertas dejar.
 Entró el jefe de las rondas
 Del juez Osorio, y el tal,
 Al mancebo saludando
 Con cortés urbanidad,
 Dijole : « Siento teneros,
 Siendo quien sois, que tratar
 Así, mas daos, señor,
 Preso por su majestad. »
 Don Juan que no vió libreas
 Del santo Oficio, y á mas
 Conoce perfectamente
 A quien hablándole está,
 Le dijo á su vez con tono
 De amenaza : « Meditad
 Lo que vais hacer, buen hombre,
 Porque si os atropellais
 Y una sinrazón conmigo
 Cometeis, os va á pesar.
 Yo soy noble, y como noble
 Dependo de autoridad
 Competente á la nobleza,
 Y el rey llevarálo á mal.
 — Señor, dentro de un momento
 Os podeis justificar
 Delante del mismo rey,
 Que es quien me ordena así obrar.
 — ¿El rey me manda prender?
 — Por el juzgado especial
 Del juez Don Miguel de Osorio.
 — En ese caso guiad;
 Pero estas damas...
 — En tanto
 Aseguradas no mas
 Quedan, que esteis preso vos :
 Pero si por libre os dan,
 Mañana mismo con vos

Quedarán en libertad. »
 Y esto diciendo, y tomando
 El estoque de Don Juan,
 Mandó el jefe de la ronda
 Una litera acercar
 Que dejó de aquella casa
 Esperando en el portal,
 Y hácia el juzgado volvieron
 Sus pasos á enderezar.

CAPITULO V.

EL REY Y DON MIGUEL DE OSORIO.

El Rey. Igual á vos en nobleza
 Es, Don Miguel; y el valor
 De la estirpe en que ha nacido,
 A la en que nacisteis vos
 Iguala si no aventaja.
 El su palabra empeñó
 Delante ayer de mi corte,
 Y no merece el honor
 De quien es la torpe mancha
 De tan fea inculpacion.
 Creedme, Osorio, aquí os ciegan
 La cólera y el dolor,
 Y os disculpo la osadía
 Mirando á vuestra afliccion.
 Comprendo bien cómo en ello
 El pesar os arrastró,
 Y desde el primer momento
 En vuestra imaginacion
 A Don Juan, contrario vuestro,
 Supusisteis el autor
 De su muerte : pero de ello
 Ni teneis justa razon,
 Ni presentais una prueba :
 Con que miradlo mejor,
 Y pues podeis en justicia,
 Y cual sabio diestro sois,
 Emprended de este atentado
 La justa averiguacion.
 Para todo os autorizo,
 Y puesto que tambien vos
 Sois á par el ofendido,
 Sed el juez y el vengador.
Osorio. Señor, no os di concluyentes
 Pruebas, no : teneis razon,
 Sé que jamás lograré
 Con las que tengo hasta hoy
 Convenceros de lo cierto :
 Mas considerad, señor,
 Que llevo ya muchos años
 De juez, y que tengo yo
 La esperiencia que me guia
 Y me alumbra la razon.
 Don Juan es ahijado vuestro,
 Su padre siempre os sirvió
 Con lealtad, é indulgente

Justo y recto : pero no
 Sin fundamento palpable
 Llegueis hasta la prision
 De Don Juan, pues siendo vuestro
 Contrario, murmurador
 El vulgo os lo ha de tildar
 Si sale una sinrazon.
 Por órden mia á Don Juan
 Esta noche se prendió ;
 Que entre, y en vuestra presencia
 Yo mismo declaracion
 Le tomaré, y os protesto
 Que si un crimen cometió
 Tan villano, de las leyes
 Caerá en él todo el rigor.

Esto del rey Don Felipe
 En la oculta habitacion
 Entre él y el alcalde Osorio
 Aquella noche se habló :
 Y mientras que en la real cámara
 En esta conversacion
 Tan hondamente empeñados
 Estaban ambos á dos,
 En la próxima antesala
 Don Juan en calma esperó
 A que saliera el alcalde
 Para optar al mismo honor.
 Y no en balde : en el real nombre
 A llamarle el juez salió,
 Y con sereno talante
 En la régia habitacion,
 Delante del mismo juez
 Altivo Don Juan entró,
 Y á los piés del rey postrándose
 Dijo : « Me dicen, señor,
 Que en nombre vuestro me prenden,
 Y aunque no sé la razon,
 A daros cuenta de mí
 Héme aquí pronto, señor. »

EL REY, DON JUAN, EL ALCALDE.

El Rey. Don Juan, Don German de Osorio
 Murió anoche : en una calle
 A la espalda de la Antigua
 Hallaron hoy su cadáver ;
 Y á la enemistad mirando
 Que con él tuvisteis antes,
 Os acusan de su muerte.
D. Juan. Señor, antes de cuidarme
 De mi defensa, os suplico
 Que exijais pruebas palpables
 Del crimen de que me acusan,
 Puesto que si es quien lo hace
 Don Miguel de Osorio, tío
 Del muerto, no puede parte
 Y juez ser en un delito

Tal vez con el hijo vos,
 No veis á Don Juan como es
 Sino como ser debió.
 Nació noble, sí, á la sombra
 De vuestra real proteccion ;
 Como á tal honra cumplía
 Con esmero se crió,
 Mas no olvidéis que las gentes
 A quienes su educacion
 Se fió fueron contrarios
 De mi raza, y en su pro
 Del noble mozo aguardaban
 Mucho bien de su favor.
 Por ello tal vez las prendas
 De que el Señor le dotó
 Por igual no cultivaron ;
 Y atendiendo al exterior,
 Se cuidaron poco ó nada
 De su jóven corazon.
 Porque, aunque sintais oirlo,
 Sabedlo al cabo, señor ;
 Don Juan es un libertino
 A quien se disimuló
 Atendiendo á que vos érais
 Su padrino y protector.
 Vos, señor, de su conducta
 Nunca habeis visto sino
 Su gracia y su gentileza,
 Su osadía y su vigor :
 Y los que en vos conocian
 Hácia él tal predileccion,
 Tal vez para daros gusto
 Os le pintaron mejor.
 Mas yo sé su vida entera,
 Y sus secretos me son
 Conocidos lo bastante
 Para insistir sin temor
 De ofender la majestad
 En mi grave acusacion.
El Rey. Osorio, bien pueden ser
 Buenas pruebas para vos
 Las que para los demas
 Solo conjeturas son.
 Sé que para osar á tanto
 Sin duda que os asistió
 Grave causa, y que lo haceis
 Tras sería meditacion.
 Ya os dije, pues, que os otorgo
 Autoridad superior
 A la que os compete en esto,
 Pero en consideracion
 Tened la persona en quien
 Echais mancha tan atroz,
 Y no obreis contra persona
 De quien os respondo yo.
 Averiguad, inquirid
 Cuanto vuestra prevision
 Y vuestra esperiencia alcancen

En que no hay pruebas bastantes.

El Rey. ¿Negais, pues, que fuisteis vos Quien le mató?

D. Juan. Sincerarme

No necesito, señor,
Segun veo : en semejante
Caso nos pusimos ambos
Mil veces, y siempre iguales
Salimos, dejando en duda

El éxito del combate :
Que ambos éramos valientes,
Y ambos éramos leales.

El Rey. Segun declaran peritos,
Un traidor debió matarle
Por la izquierda, mientras otro
Le atacaba por delante.

D. Juan. Yo jamás he acudido
A traiciones semejantes,
Ni para cita ó pendencia
Llevé en compañía á nadie.

El Rey. Anoche á vuestra posada
Volvisteis, Don Juan, muy tarde.

D. Juan. Puedo probar donde estuve
Hora tras hora.

El Rey. Se sabe
Que hasta las once en la casa
De unas damas os hallásteis
Que en el mismo barrio viven.

D. Juan. Mas fui despues bien distante
De allí á casa conocida
De todos.

El Rey. Dónde.

D. Juan. A la calle
De Santiago, y á la casa
Del oidor Palomares.

El Rey (al alcalde). ¿Que está poco mas
ó menos

Frente de la vuestra?

Osorio. Casi
Frente á frente.

D. Juan. Y bien pudisteis
Cuando de ronda os marchásteis
Verme; en su balcon estábamos
Por el calor.

Osorio. No era fácil
Que os distinguiera, la noche
Era muy lóbrega.

El Rey. Tales
Son sus señas, que engañado
Podeis estar vos, alcalde.

Osorio. Señor, bien pudiera ser,
Que todo en lo humano cabe :
Mas no lograis convencerme,
Y no habré de retractarme.

D. Juan. La enemistad que me tiene,
Señor, no puede ocultarse,
Y puede ser que si yo
Su acusador me tornare...

Osorio. Vos mi acusador, ¿de qué?

D. Juan. De lo que á mi me imputásteis.

Osorio (al Rey). ¿Señor, oís?

D. Juan. Es sabido

Que debiais heredarle,
Y aunque pasais por ser hombre
De una conducta intachable,
De costumbres muy severas,
De generosidad grande,
Yo tambien pasé por noble,
Sin que hasta hoy se me negase
Valor que está bien probado,
Y me acusais de cobarde :
Perdonad, pues, si os acuso
De avaro, señor alcalde,
Pues las pruebas que alegamos
Ambos á dos son iguales.

El Rey. Ya veis que os devuelve, Osorio,
La acusacion y el ultraje
Con razones de igual peso.

Osorio. Señor, para sincerarme
De esa acusacion tendremos
Pruebas mas incontestables,
Testigos de entero crédito
Y cuentas harto cabales.
Negar, no es probar que es falsa
La acusacion.

D. Juan. Creo en balde
Vuestro empeño, señor juez,
Si testigos que declaren
No teneis, ni prenda, ó rastro
Que me descubra ó delate
Como autor de tal delito.
Fui su enemigo, las paces
Se hicieron de orden del rey
Ayer mismo aquí, y ¿quién sabe
Si otro enemigo escondido
Halló ocasion de vengarse,
Dando por cierto que á mi
Su obra habrian de achacarme?

¿De una estocada traidora
Decís, y entre dos matáronle?
Hallad, si podeis, el otro
Que tuvo que acompañarme,
Y si él dice que por mí,
Y mientras yo por delante
Con él reñí, por detrás
Él le asesinó cobarde,
Aun faltará que nos prueben
Que yo le dije que obrase
De este modo, ó por su antojo
Dió en vileza semejante.
Porque decir que á un Osorio
Así ha podido matarle
Un solo hombre, dándole á él
Tiempo para prepararse,
Cosa es que creerán no mas
Que mugeres, ó patanes,

Que no conocen por zafios
De las armas los achaques.

El Rey. Alcalde Osorio, bien dice :

Y pues se encontró el cadáver
Con la espada todavia
Empuñada, es indudable
Que sucumbió defendiéndose :
Que solo un hombre matarle
Con golpe tal no ha podido ;
Y que siendo en este lance
Necesarios dos, y habiendo
Solo uno, es fuerza que haste
De injustas acusaciones ;
Echad, pues, por otra parte,
Y en paz dejad á Don Juan
Que os perdona lo que errásteis.

Osorio. En paz se vaya, señor ;
Mas que en su vida no aparte
De la memoria, que yo
He de encontrar al culpable
O he de morir en la empresa :
Con que á su alma demande
Si está culpado ó si no,
Porque aunque diez años pasen,
Yo tengo de dar con él
Y para Dios nunca es tarde.

Y así el alcalde diciendo
Del aposento se sale,
Dejando al rey y á Don Juan
Bruscamente : « Dispensarle
Debeis, dijo Don Felipe,
Porque sin juicio le trae
El duelo por su sobrino.
Pero es de los mas sagaces
Hombres que existen, Don Juan,
Y al fin es fuerza que indague
La verdad; si la sabeis,
Decidla y será mas fácil
Perdonaros, confesando,
Que cuando el juez os ataje.
—Señor, llegado á tal punto,
Dijo Don Juan, no me cabe
Mas deber para cubrirme
De imputacion tan infame,
Que el de callar y pedir
Pruebas ciertas y legales.
Me acusa, pues que demuestre
Su acusacion, ó el ultraje
Me satisfaga, que en ello
Tan villanamente me hace. »

CAPITULO VI.

EN DONDE SE DEMUESTRA QUE EL JUEZ ERA
HOMBRE QUE LO ENTENDIA.

Terrible y fatigosa
Fué la noche que el juez consigo mismo

Pasó luchando; y triste y angustiada
Pesadilla interior, su ánimo acosa.
Su probada esperiencia,
Su pericia y su gran conocimiento
De los hombres y el mundo,
Han dado á su conciencia
Ciego, íntimo, profundo,
Formal convencimiento
De que solo Don Juan de su sobrino
Pudo ser el incógnito asesino.
Pero por mas que en su agitada mente
Revuelve los indicios y sospechas,
De que asaltada sin cesar la siente,
Conoce que es su fuerza insuficiente
Y que en el aire están fundados y hechas.
Al preguntar el rey al caballero,
Y al contestar Don Juan á sus preguntas,
Ha comprendido bien su ojo certero
Que tras de su semblante noble y fiero
La astucia y la maldad estaban juntas,
Y que temblaba el corazon culpado
Tras la serena faz del acusado.
« Si del crimen capaz no hubiera sido,
Decia el juez, ¿hubiérale ocurrido
Que otro por ambicion lo que él por ira
Hubiera cometido?

¿La mano de un solo hombre no ha podido
Causar herida tal? ¿Sueño, mentira!
En los lances de un duelo
No hay imposible golpe : no hay certera
Comprension que desmienta ó asegure
Lo que en manos no mas está del cielo.
No... si un hombre bizarro se defiende,
Y un raudo esfuerzo del que triunfo espera
Le falla, ó un tropiezo cualesquiera
Del enemigo ante los piés le tiende,
¿Quién dice que un traidor á salva mano
Si una venganza desleal pretende,
No le asesta á su vez golpe villano
Que al mas perito incomprendible sea
Como él ejecutarle no le vea?
¿Quién es el que asegura
Que al hidalgo en las armas mas maestro,
Acometido en una noche oscura
Por quién si débil mas, siendo mas diestro,
Con una estratagema prevenida,
Conociendo del otro la nobleza
No la puede quitar, por vil destreza,
Con la serenidad la noble vida?
¿Quién afirmar podria
Que el mas noble y valiente caballero,
De cólera embriagado,
Y en el apuro del combate fiero,
Del triunfo con la sed no intentaria
Lo que él mismo á pensarlo á sangre fria
Mirara como bárbaro atentado?
Y de este modo Osorio discurría
Inventando maneras y ocasiones,

Tomando y desechando á un tiempo mismo
 Por buenas y por vanas sus razones.
 Revolvía afanado en su memoria
 Los recuerdos que inquieta le traía
 De su azarosa juventud la historia :
 Los azares y golpes de fortuna
 Que oyó contar, ó presenció en la guerra,
 Que en tiempo antiguo y conquistada tierra
 Se vió á hacer obligado
 Con el Emperador : y una por una
 Las lecciones contaba
 Que del maestro en la niñez tomaba,
 Y los distintos golpes
 Que había en ellas recibido y dado,
 Mas con el golpe matador no daba.
 Al fin, en tal vigilia
 Y en tal desasosiego
 La aurora le cogió : del lecho fuera
 Despechado saltó ; vistióselo luego,
 Y á la calle salió calma buscando
 En la frondosidad de la pradera,
 Y en el ambiente perfumado y blando
 Que deja tras de sí la primavera.
 Pálido, distraído,
 Sin objeto ni término cruzaba
 Las calles y las plazas, absorvido
 En la idea fatal que le acosaba.
 Bajó del Espolón á las moreras,
 Y mil veces cruzó desatinado
 Del uno á otro lado,
 Hasta que del Pisuerga en las riberas
 Se tendió fatigado.
 Callado, melancólico y sombrío,
 Distracción no encontrando ni consuelo
 En las ondas monotonas del río,
 Tornó los ojos suspirando al cielo.
 Y en el día azul que el sol de oriente
 Bañaba en resplandor, buscaba en vano
 Un rayo que á su mente
 Inspirara un impulso soberano.
 Así por largo trecho
 Contempló vagamente,
 Al són de los latidos de su pecho
 Las nubes, que estendiendo lentamente
 Sus contornos formados de vapores,
 Pasaban impelidas por el viento,
 Cambiando de contornos y colores
 Y manchando el azul del firmamento ;
 Y en tanto así que en la inacción yacia
 Pasaba el tiempo y avanzaba el día.
 Mas hé aquí que instigado
 Por feliz pensamiento repentino
 Se levantó agitado :
 Y blandiendo la vara con que muestra
 La noble autoridad de su destino,
 A manera de espada,
 Cual á un sér invisible acometiendo,
 Marcó lanzando un grito una estocada

En el aire, soltó una carcajada,
 Y echó de la ciudad por el camino,
 De este modo diciendo :
 « Déjeme Dios de su divina mano
 Si no cae en la red ese villano. »

Tornó á su casa ; entróse en su aposento
 Y el ropon y la vara abandonando,
 Hizo que le sirvieran al momento
 Traje comun, que sin insignia alguna
 De autoridad ni mando
 Sobre él no fuera la atención llamando.
 Ciñóse á la cintura
 Largo y templado estoque toledano,
 Y cambiando del todo su figura,
 Tornándose de juez en cortesano,
 Con gentil apostura
 Y sereno semblante,
 Hacia la casa de Don Juan tomando
 Las calles adelante,
 Llegó á su puerta, y recibido en ella,
 Dó se hallaba Don Juan, se entró arrogante.

D. Juan. ¿Quién á mi cuarto llega de este modo?

Osorio. Soy yo, señor Don Juan, y en dos palabras.

Vais á entenderlo todo.

Anteanoche German murió en la calle
 Y á mi se me ha metido en la cabeza
 Que nadie mas que vos pudo matalle ;
 No hay prueba que atestigüe
 Del hecho la certeza,
 Ni hay modo de que nada se averigüe.
 Mas como quier que sea,
 Y en vista de que el reo no parece,
 Tanto mi duelo y mi coraje crece,
 Que yo os vengo á sacar á la pelea.

D. Juan. Señor juez...

Osorio. Señor mío,
 Yo también soy Osorio ; y el postrero
 De vuestra raza vos, yo de la mía,
 El uno contra el otro en este día
 Nuestro odio y nuestro brio
 Mostrando, uno de entrambos de la vida
 Es preciso, Don Juan, que se despida.
 Con que así sutilezas apartemos
 É inútiles excusas,
 Y salgamos al campo y acabemos.
 Mozo sois y valiente ;
 Y aunque empieza el cabello
 Un poco á encanecer sobre mi frente,
 No ha perdido por ello
 Mi corazón y brazo la firmeza
 Que requiere nuestro odio y mi nobleza.

D. Juan. Miradlo, señor juez, maduramente,

Vos sois quien viene á provocarme al duelo

Y yo porque ninguno torpemente
 Sospeche acaso que me dais recelo,
 Y porque sois el agresor, el trance
 Admito solamente.

Osorio. Bueno está : protestad lo que quisieris

Que yo por satisfecho
 Del todo me daré, como os batiéreis,
 Y echad la culpa sobre mí de lo hecho.

D. Juan. Ved que os repito, Osorio.

Osorio. Concluyamos :

Si no admitís el duelo no os estrañe
 Que dó quier que os encuentre
 A cuchilladas por cobarde os entre.

D. Juan. ¡ Vive Dios !

Osorio. Así os quiero.

D. Juan. Vamos.

Osorio. Vamos.

Y tomando en la calle al caballero
 Que primero encontraron por padrino,
 Con largo paso y continente fiero
 Al campo enderezaron el camino.

Por fuera del Campo Grande,
 Y á sombra de las paredes
 De su cerca, están con brio
 Osorio y Don Juan batiéndose.
 Es hombre el juez de buen brazo,
 Y grande experiencia tiene
 De las armas, y aunque diestro
 Es Don Juan, recio y valiente,
 El juez le busca las vueltas
 Tan sagaz, y le acomete
 Con tal prisa, que Don Juan
 Con trabajo se defiende.
 El padrino, que contempla
 En silencio el duelo, teme
 Por el mozo, aunque tal vez
 Ve en Osorio que no quiere
 Quitar á Don Juan la vida
 Que ha podido ya dos veces.
 Con vigor se batan ambos,
 Mas Don Juan terreno pierde
 De tal modo que la espalda
 Casi junto al muro tiene.
 En aquel trecho del muro
 Se abría precisamente
 Un postigillo escusado
 Al huerto perteneciente
 De los padres capuchinos :
 Y allí es á lo que parece
 Donde Osorio á su contrario
 Quiso llevar diestramente.
 El padrino, que á Don Juan
 Vió cerca de los dinteles
 Del postigo, á tropezar
 Próximo si no lo advierte,

Y á caer por un percañón
 Del terreno, fué á ponerse
 De aquel lado porque entrambos
 A terreno igual viniesen.
 Mas en el instante mismo
 En que él empezó á moverse,
 Y hacia el lado de Don Juan
 Ganó la vuelta, con fuerte
 Voz exclamó el diestro juez :
 « ¡ No le asesines, detente ! »
 A esta voz volvió Don Juan
 Por la derecha, y metiéndole
 El juez su espada de pronto
 Por el costado al volverse,
 Dijo : « Esta fué la estocada
 « Que á Don German dió la muerte,
 « Y tal se la disteis solo,
 « Aunque hecha entre dos parece. »
 Don Juan, al oír al juez
 Este hablar tan de repente,
 Y la espada por su taza
 Asegurada sintiéndose,
 Palideció, y sin aliento
 Quedó del Osorio enfrente.
 Quiso mediar el padrino
 Que nada de esto comprende,
 Dando por vil el combate
 Y acabado malamente ;
 Mas envainando su estoque
 El alcalde, é imponiéndole
 Silencio, dijo al mancebo :
 « Don Juan, la vida debeisme,
 Pues si hago encarnar mi espada
 Por ahí os entra la muerte ;
 Mas solo quise marcaros,
 Don Juan, y poner patente
 Que esa estocada es la vuestra.
 Negadlo ya si pudiéreis. »
 Y de esta manera Osorio
 Con firme ademan diciéndole,
 Dándoles á ambos la espalda
 Se alejó de ellos riéndose.

CONCLUSION.

El Rey. Osorio, no os canseis : será posible
 Como vos lo decís, mas no indudable
 Cual la ley lo requiere :

Y me habeis de encontrar inexorable.

Osorio. Sea, señor, pero de vos apelo...

El Rey. ¿ De mí ? ¿ y á quién ?

Osorio. Al tribunal del cielo.

Hay un Dios, cuya ciencia es infinita ;
 Cuya suma justicia es infalible ;
 Cuyo castigo el mas sagaz no evita
 Y que al justo protege,
 Y ante cuyo poder fuerza es que ceje
 El humano poder, y en quien confi-

Que si aquí la razon está en mi abono
La declare por fin en favor mio.

El Rey. Mas yo no alcanzo...

Osorio. Si Don Juan me jura
Sobre los sacrosantos Evangelios,
Y al lado de la abierta sepultura
De mi sobrino Don German de Osorio,
Que no tuvo en su muerte parte alguna,
Y evoca su cadáver por testigo
En el nombre de Dios, doy por notorio
Que es inocente, y sobre mi tan solo
Como calumniador caiga el castigo.

El Rey. Sea como decís: mas ¡vive el cielo
Que si jura Don Juan, como os lo digo,
Morireis en vez suya,

Sin que atienda en tal caso mi justicia
Razon alguna que por vos arguya!

Osorio. Acepto la partida,
Señor: mas creo en Dios sinceramente,
Y si Dios me abandona claramente
Perderé, no la fé mas sí la vida.
Porque os juro, señor, que si llegara
A faltarme esta fé solo un momento,
Por no caer en la duda me matara.

El Rey. Pues aprontad lo que haga á
vuestro intento

Para que preste ese hombre juramento:
Mas si con prueba tal no da aun certeza,
Acepto por la dél vuestra cabeza.

Y con palabras tales
Despidió el rey Felipe al juez Osorio:
Y de el juicio de Dios fallo inconcuso
A aquel sangriento caso apeteciendo
Cada cual á aceptarlo se dispuso.

Y apenas aquella noche
Tendió su manto de sombra
Por las animadas calles
De la ciudad bulliciosa,
Cuando de un gótico templo
En una capilla lóbrega
Lentamente se reunian
Hasta unas doce personas.
El obispo diocesano,
Vestido cual la católica
Iglesia requiere en sus
Sacrosantas ceremonias,
Estaba junto á un sepulcro
Sentado en una poltrona,
Y á su izquierda el juez Osorio
Con su gollilla y su toga.
Don Juan estaba también
Allí, apartado en la sombra
De un ángulo, con altiva
Espresion irreligiosa.
Los demas eran dos pages
Del obispo, y las muy doctas

Personas de dos canónigos,
Y curas de la parroquia.
Pasaron breves momentos
De quietud tan silenciosa
Entre aquellos personajes,
Y el reló marcó la hora
De las siete de la noche:
En cuyo punto con torva
Faz entró el rey Don Felipe
En la capilla. Con honda
Reverencia saludáronle
Todos, y á todos con corta
Inclinacion de cabeza
Contestando: « ¿Están ya todas
Las cosas dispuestas? » dijo,
Y á un sí, de la voz sonora
Del obispo, replicó
El rey: « Manos á la obra. »
Con la régia dignidad
Que resalta en su persona,
Marcó á cada cual el sitio,
Y obligacion que le toca.
Púsose el obispo en pié;
Alzaron la suelta losa
Del sepulcro que hay en medio
De aquella capilla gótica;
Y descubierto el cadáver
De Don German, por las hojas
De los santos Evangelios
Abriendo un misal, y antorchas
Aproximando á sus páginas,
Con tono que no denota
Ira ni piedad, el rey
Dijo á Don Juan: « Hoy evoca
« Don Miguel de Osorio el alma
« De este mozo, á quien traidora
« Mano mató, en contra vuestra,
« Porque accion tan alevosa
« Os atribuye, y del cielo
« La justicia protectora,
« Porque muestre si culpado
« Estais ó inocente, invoca.
« Si con una mano puesta
« En las sacrosantas hojas
« De estos santos Evangelios,
« Y en el cadáver la otra,
« Jurais que no fueron ellas
« De su asesinato autoras,
« Y no hay antes un testigo
« Que declare en vuestra contra,
« Quiere Don Miguel de Osorio
« Que recaiga en su persona
« El castigo que las leyes
« Por calumniador le impongan.
« Jurad, pues, señor Don Juan:
« Y de los cielos la cólera
« Invocad contra el culpable
« Que en el misterio se emboza,

« Y el testimonio del cielo,
« Para quien oculta cosa
« No hay en la tierra, que el velo
« De su misterio descorra. »
Dijo el rey: y dió Don Juan
Un paso adelante, pronta
Obediencia al rey mostrando
Y la serenidad propia
De quien inocente está:
Tendió una mano á las hojas
Del santo libro, espresion
Dando á su rostro diabólica,
Y extendiendo lentamente
Hacia el cadáver la otra,
Para hablar tomaba aliento,
Cuando recias, secas, cóncavas,
Dos aldabadas se oyeron
Que una mano vigorosa
Dió en la puerta de la iglesia,
Cuyas aldabadas roncadas
Ahogaron de las palabras
Los sonidos en su boca.
Por un instantáneo impulso
De una universal zozobra
Interior quedaron todos
Inmóviles, con recóndita
Pavura, esperando ver
Quien llega así á tales horas.
Un page del rey á poco
Entró con respetuosa
Atencion, yéndose al rey
Y anunciando la persona
De un embozado, que dice
Que allí su presencia importa
Por testigo de la muerte
De Don Juan. Quedóse atónita
La gente con tal anuncio,
Y una sonrisa sardónica
Contra los labios pálidos
De Don Juan, como quien honda
Conviccion tiene de que es
Imposible que deponga
Nadie en esto con verdad,
Por ser aquesta una historia,
Como enredada improbable,
Como oculta misteriosa.

Mas entrando á tal punto en la capilla
Un sombrío embozado,
Dijo al rey Don Felipe de Castilla
Al ataud de Don German llegado:
« Yo fui el solo testigo
De la muerte de este hombre:
Y que es Don Juan el asesino digo:

Puesto que él no osará de Dios en nombre
Lo contrario jurar aquí conmigo. »
Dijo así el embozado:
Y el són ignoto que su voz produjo
En el pecho espantado
De cuantos allí estaban, desusado
Pavor hondo introdujo.
El anciano prelado,
De agitacion recóndita movido,
Preguntó con acento decidido
A Don Juan, que aterrado
Contemplaba al incógnito embozado:
« ¿Jurais ó no?... » y Don Juan en un acceso
De satánico orgullo y osadía,
Tal vez de confianza con esceso,
Sobre el sagrado libro del cristiano
Tendió la abierta mano:
Pero posada apenas la tenia
Sobre aquella evangélica Escritura
Cuando la mano descarnada y fria
Cuanto inflexible y dura,
Del embozado incógnito sobre ella
De repente cayendo,
Y apartando el embozo,
Hizo exhalar al libertino mozo
Un ¡ay! mortal, desesperado, horrendo.
Cayó ante aquel incógnito de hinojos
El misero Don Juan: y en el testigo
Misterioso y potente
Claváronse á la par todos los ojos,
Y á todos el misterio fué patente.
Aquella en que se envuelve larga capa
No un sér humano tapa:
Cubre solo de bronce una figura,
Emboza solamente una escultura.
Inmóviles, absortos, sin aliento
Mostrando en los semblantes su pavura
Quedaron los presentes un momento
Presa todos de un mismo pensamiento.
Y entonces aquel sér á quien divino
Aliento y sér anima,
Así exclamó con sobrehumano acento:
« Jamás se invoca en vano
El favor de los cielos soberano:
En una calle á mi mansion contigua
Murió German: testigo del villano
Crimen fui yo: mas véngale mi mano;
Yo soy el Crucifijo de la Antigua. »

Quedó muerto Don Juan: de la capilla
Despareció en un punto la escultura,
Y movido de la alta maravilla
El juez Osorio, abandonó á Castilla
Y murió de un convento en la clausura.

FIN.